

Valle de Toranzo

Abrazado por el río Pas

Cantabria

Mar Ramírez
Escritora

Es EL PAS un río con fuerte identidad dentro de la geografía cántabra. Con sus aguas limpias anima a los salmones a remontarlo cada año para desovar. Además de mantener viva una cultura, la pasiega, de arcaicas raíces ganaderas. Cuando alcanza el valle de Toranzo enfila su curso bajo de forma tranquila y dejándose abrazar por la vegetación ribereña. Fluye bañando prados de siega mientras la garza real espera a algún pez confiado y el cormorán grande seca sus alas al sol de la tarde.



El sabor autóctono de la tradicional vida rural ganadera cántabra se ha mantenido en los ribazos del río Pas como en pocos valles norteños. Su cuenca, además de gozar de una extensión de las mayores de Cantabria, posee un paisaje de extensas praderías que alcanza hasta lo más alto de la montaña. Allí donde la desnuda roca caliza ya no deja medrar más que al viento y a la nieve, sobrevuela el alimoche y las chovas imponen su ruidoso reino.

La vaca autóctona, la pasiega o rojina, criada para la producción de leche, pinta con el color rojizo encendido de su pelaje el verde predominante. A la vez que se erige como la protagonista esencial de la cultura ganadera pasiega.

Tres valles bañados por los ríos Pas, Pisueña y Miera definen su territorio que, por aislado secularmente, ha mantenido viva una cultura pastoril de autosuficiencia que gira en torno a la vaca. Aunque en tiempos recientes razas importadas, como la frisona, le hayan ganado el terreno a la vaca pasiega que, no obstante, está mejor adaptada a las agrestes laderas de los valles altos de estos ríos.

Después de tanto rigor montaraz es cuando el río Pas se dispone a surcar su curso medio, enfilando definitivamente la dirección norte que le llevará hasta su desembocadura en la ría de Mogro, escoltando su entrega marítima la bellísima formación dunar de Lienres. Después de haber recogido las aguas que bajan de los puertos del Escudo y la Magdalena, atraviesa el valle de Toranzo.

Su paisaje es un mimado entorno de prados llanos de siega, campiña que trepa suavemente por los montes, separadores de los valles vecinos del Besaya y del Pisueña, y retazos de robledales o cajigales originarios que disputan la fertilidad de la tierra a

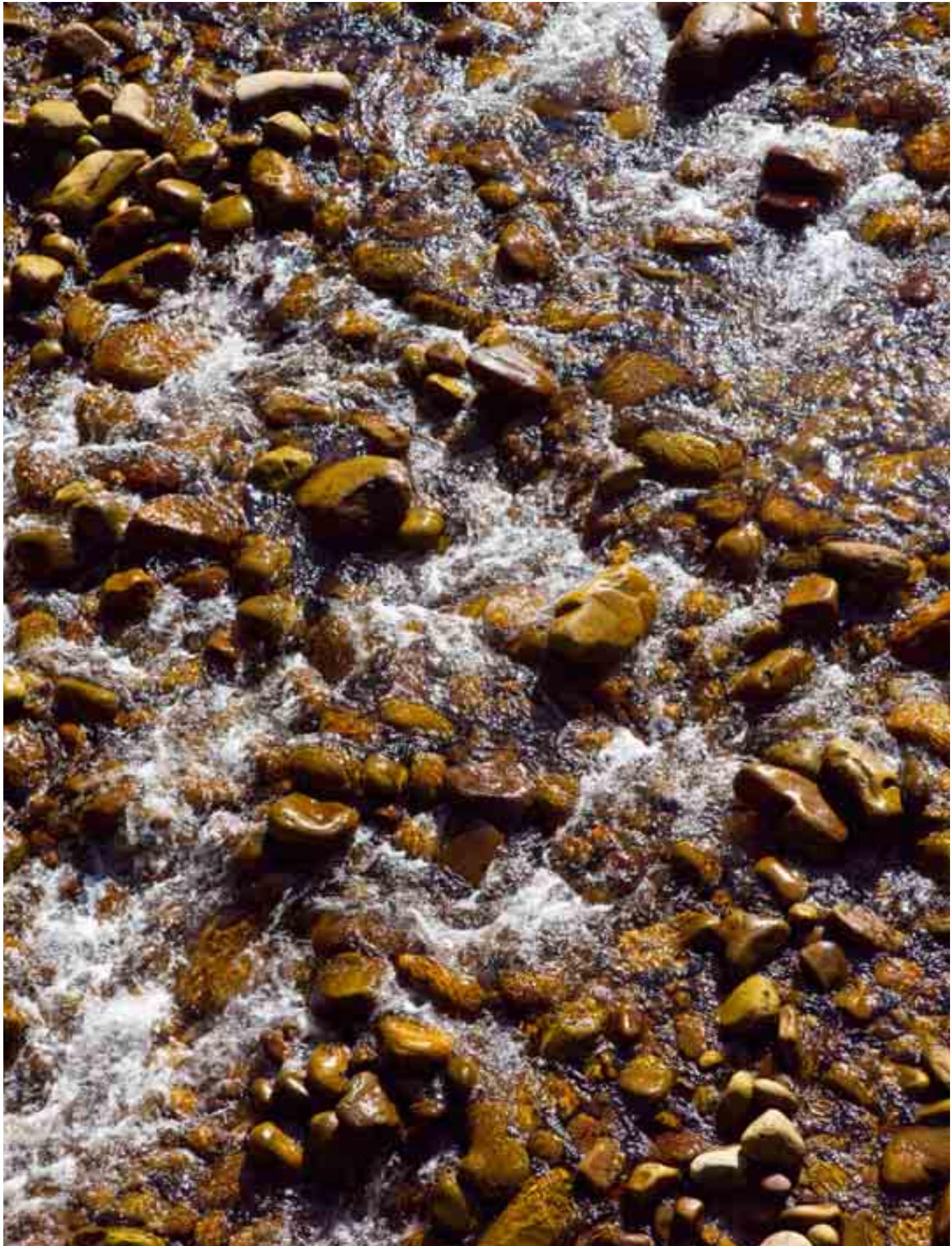
las impuestas plantaciones de eucaliptos. Sin por ello perder de vista los perfiles de montaña de la cabecera del valle, aunque ya ponen un lejano marco pintado de forma idílica en la vertical con los aterciopelados tonos verdes de sus praderías delimitadas con muros de piedra seca y losas de arenisca. Así recibe el valle de Toranzo al río que le da la vida.

Los caminos rurales recortados por muretes de piedra y setos vivos de avellano, rosal silvestre y majuelo unen prados y huertas, pueblos y pequeñas cabañas pastoriles ubicadas ladera arriba. Se erigen sencillos pero como el baluarte de una cultura rural sencilla, que no obstante está salpicada de un rico patrimonio arquitectónico civil, y todo ello sin perder de vista al Pas.

Por ello nada mejor que echar pie en su orilla sombreada de fresnos, alisos, sauces y chopos para descubrir a paso senderista o con el ritmo de la pedalada la imagen más bucólica de dicho tramo fluvial. Además de disfrutar de la singularidad del paseo junto a un río que, día a día, recupera sus características más naturales; a pesar de que la canalización en algunos de sus tramos le ha hecho perder parte de su encanto al natural.

No obstante el Pas es considerado el río salmonero por excelencia. Y los cotos de la cercana localidad de Puente Viesgo, los más afamados y por ello disputados cada año para lograr que el sedal introducido por derecho capture alguno del centenar de salmones autorizados en este cauce de buenas condiciones ambientales. Tanto es así que los salmones atlánticos lo remontan hasta el pueblo de la Vega del Pas para desovar, después de un viaje épico que a algunos machos les llega a costar la vida.

El tratarse de un territorio entre el mar y la montaña, ya que la costa cantábrica se encuentra apenas a 40 kilómetros, resulta aún más pintoresco que sus pueblos hayan conservado su esencia



rural basada en la actividad ganadera. Por ello no es extraño que en el camino nos encontremos a algún vecino guiando a sus vacas con su larga vara y con las tradicionales albarcas o calzado rústico de una sola pieza de madera. Es similar a un zueco pero basado en tarugos que elevan a su portador sobre el terreno encharcado y a la vez lo protegen de la suciedad de las cuadras.

Buscando el inicio de uno de los dos tramos de este Camino Natural se alcanza el pueblo de Ontaneda, donde la magnífica arquitectura de su iglesia de San Juan Bautista de finales del XIX adorna el entorno rural del pueblo.

Se llega también al comienzo de un delicioso itinerario gastronómico, el de los sobaos y las quesadas elaborados con la leche de las vacas pasiegas. Su alta proporción de materia grasa es el fundamento de derivados como la mantequilla y productos de fama y sabor capaces de levantar pasiones como la quesada y el sobao pasiegos. Aunque no menos amantes incondicionales suscita el sabor suave y la cremosidad de los quesucos de nata elaborados con leche tan nutritiva.

Con el paladar de estos típicos dulces aún en la boca, el río Pas sorprende con otra de sus singularidades, la de las aguas termales; ya que en el pueblo de Alceda se halla uno de sus manantiales más preciados por las propiedades de sus aguas minero-medicinales sulfurosas conocidas desde antiguo, que manan a una temperatura de 26,87° C. Son un placer para los amantes de la salud por el agua que disponen en el balneario de Alceda, un enclave ideal para su disfrute. Junto al encanto del decimonónico balneario rehabilitado a comienzos de siglo, se inicia ruta. Siguiendo para ello el perímetro de la extensa finca de frondosos árboles centenarios convertida en parque que se extiende lindando con la orilla del río Pas.

Tras contemplar su cauce en toda su magnitud, puesto que hay que atravesarlo por un largo puente, se camina junto a prados donde vacas y algunas ovejas pastan con la tranquilidad de saberse en terreno conocido, intercalados con huertas cuidadas con sabias manos y maizales empeñados en buscar el cielo. De este modo la tranquila carretera local alcanza el pueblo de Vejoris, solar de la familia del escritor Francisco Quevedo. En su encanto sencillo de casas populares contrasta el de aquellas viviendas distinguidas por blasones solariegos de linajes de nobleza montañesa, como los Obregón y los Escalante. Sobre el puñado de casas que componen el núcleo rural sobresale su iglesia del siglo XVI que poseyó un excepcional retablo de esmalte realizado en Limoges, hoy expuesto en el Museo Diocesano.

Esos mismos linajes del valle jugaron un papel esencial en el siglo XV, al defender su valle del empeño de Juan Fernández de Manrique, conde de Castañeda, en sus intentos de sumar a su señorío terrenos de los valles del Pas y el Pisueña. Durante los dos siglos posteriores fueron numerosos los conflictos que mantuvieron, alimentados por enfrentamientos belicosos, hasta que Toranzo, en el año 1661, volvió a jurisdicción real y pasó a llamarse Real Valle de Toranzo. Aunque los señores de Castañeda mantuvieron derecho en el cobro de impuestos sobre el comercio en el valle hasta finales del siglo siguiente.

El sendero continúa hacia San Martín de Toranzo, cuya torre de la iglesia se divisa en la distancia gracias a su piedra de sillaría vista y en cuyo interior se conservan interesantes retablos barrocos.

Al salir de San Martín el camino vuelve a cruzar el río por un vistoso puente de hierro y madera para, retomando la orilla izquierda del Pas, regresar hasta Ontaneda y Alceda.



Es entonces momento de perderse entre la rica historia que la arquitectura civil de este último, declarado Conjunto Histórico Monumental por su extraordinario patrimonio de casonas y palacios blasonados, esconde.

Así la casona de los Ruiz Bustamante exhibe la sobriedad montañesa no sin por ello destacar su portal escoltado por una arcada triple, adosado a una robusta torre. El escudo de Ceballos distingue la casona con destacada torre de esta noble familia cuya construcción, como la anterior, se remonta al siglo XVII.

Se dice que el palacio de Mercadal estuvo repleto de muebles lujosos aunque de ellos nada queda. Solo el imponente escudo barroco de piedra con las armas de los Bustamante, quienes mandaron construirla, habla de su lejano esplendor.

Frente a ella la torre de los Rueda exhibe una robusta hechura de sillería. Mientras que al lado del río se levanta la casona de Mora, cuya sencillez contrasta con su elaborado escudo y los dos arcos del acceso principal.

Santiurde de Toranzo invita a un paseo por sus calles para deleitarse con las bonitas casas populares de balconadas corridas orientadas al sur o solanas cubiertas de flores.

Desde aquí merece la pena subir al pueblo de Acereda por contemplar una panorámica excepcional del valle. Así como por disfrutar con los elementos románicos originarios de su iglesia de la Asunción, como las ventanas, puertas y ábside.

Para continuar con el segundo tramo del Camino Natural del valle hay que llegar hasta la iglesia de Santa María, en Prases,

a cuya izquierda parte, entre nogales y avellanos, una empinada senda que desciende hasta la orilla del Pas. La belleza bucólica del paisaje rural es compañera de camino, pasando por pueblos como Corvera de Toranzo que, aparte de varias casas de indianos, conserva la casa palacio de los Díaz de Villegas; y también discurre junto al barrio de Cillero.

Aunque se camina por el municipio de Corvera de Toranzo, la capitalidad, no obstante, la posee San Vicente de Toranzo. Prueba de ello es su impresionante arquitectura civil, como la torre de Agüero, de sillería y con tres plantas y arco de medio punto en su entrada; o el palacio de la Sierra, de finales del XVIII, de magnífico estilo barroco.

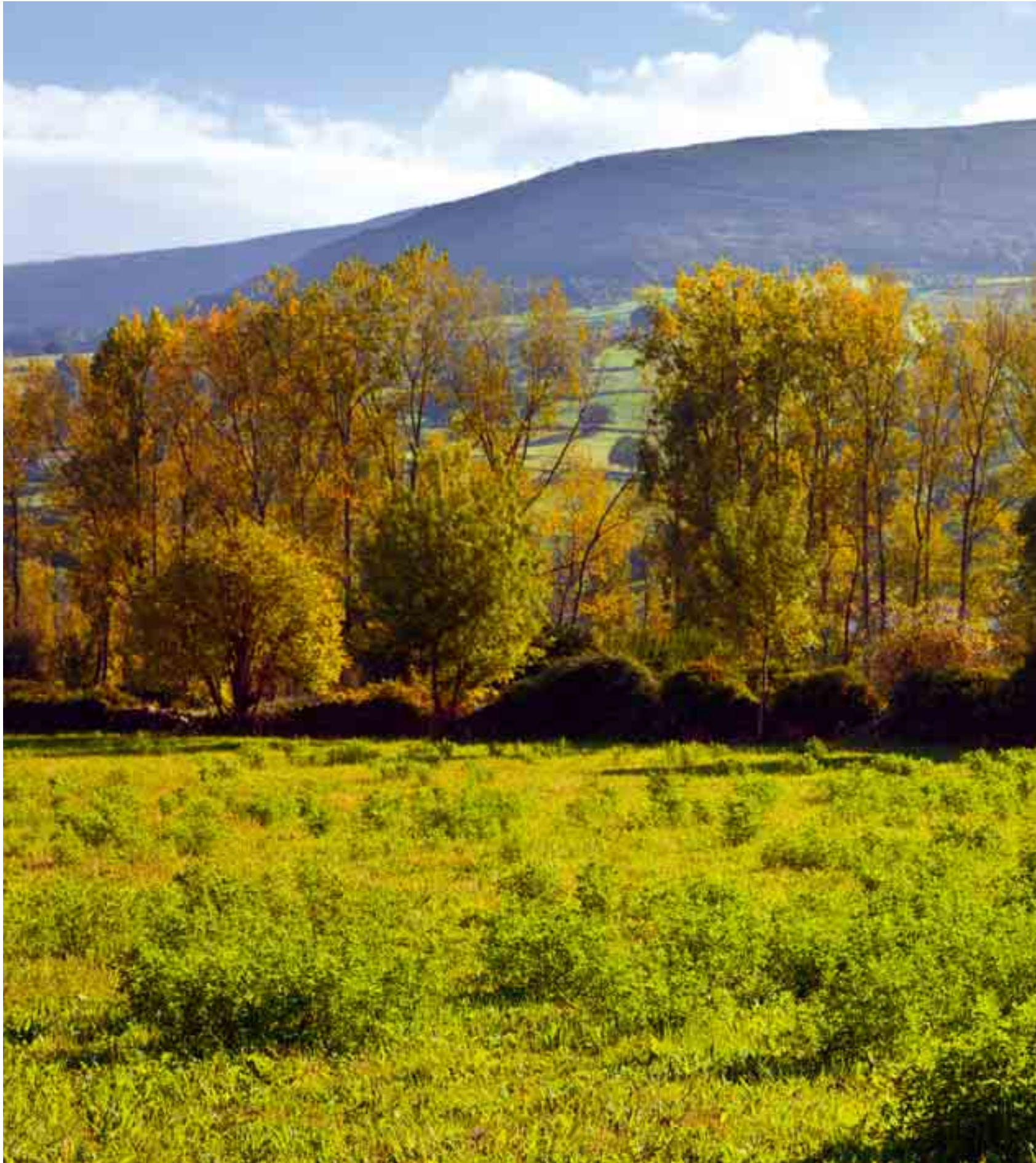
El segundo Camino Natural del valle del Toranzo llega a su fin regresando hasta Prases.

Pero al río Pas le queda todavía mucha andadura e historia que regar. Para ello baste llegar hasta la próxima localidad de Puente Viesgo, afamada por sus aguas termales, conocidas desde tiempos romanos, o por el extraordinario conjunto de cavidades que esconde bajo su cerro del Castillo. Un laberinto subterráneo que encierra el conjunto de arte rupestre del Paleolítico Inferior –150.000 años– más sobresaliente de Cantabria. Ese mismo río Pas que a la altura de esta localidad recibe por la derecha las aguas de su principal afluente, el Pisueña, después de atravesar los valles de Carriedo y Cayón, es el que debieron contemplar aquellas gentes de la prehistoria.



...
en la página anterior
Vejeoris

Aunque nacido en Madrid, Quevedo tenía sus raíces en pleno valle del Pas: su padre, Pedro Gómez de Quevedo, era oriundo de Vejeoris y su abuelo materno de San Vicente de Toranzo





... Prados pasiegos